

FR. GERUNDIO.

---

¡Qué lástima de muchacho!

---

Cuando veo, yo Fr. Gerundio, un muchacho de estos que despuntan, y veo despues que se desgracia por una manía que se le pone en la cabeza, les aseguro á vds., hermanos míos, que me dá lástima; es cosa que no puedo remediar. Por eso me dá compasion de ese pobre *Bravo Murillo*, que siendo como es á mi juicio un muchacho tal cual despabi-

ladillo, y mozo bastante decente para los tiempos en que estamos, se malogre por una tontería. Pues aunque todos los hombres tenemos nuestras tonterías y nuestros flacos particulares (excepto yo Fr. Gerundio, que siendo, como vds. han visto, flaco desde los pies á la cabeza, no puedo tener ningun flaco particular), pienso que el flaco y la manía que mas trastorna el cerebro mejor organizado en esta era de flaquezas, es ó estar furiosamente enamorado, de lo cual se ve poco, ó ser hombre furioso de partido, de lo cual se ve mucho.

Asi es que de resultas de haber oido á Bravo Murillo en la sesion del jueves último, afectado como estaba yo ya con el sentimiento de habernos dejado nuestras amadas Reinas aquel dia, me vine á la celda diciendo: «¡qué lástima de muchacho! Está de Dios que las mejores criaturas se nos han de desgraciar!» Y crean vds. que se me saltaban las lágrimas; porque yo, viendo un mozo de despejo, cualquiera que sea el partido á que pertenezca, con tal que no tenga esas manías que se suelen apoderar de los hombres no vulgares, es cosa de desvivirme por él.

Escuchándole estaba pues con el mayor gusto, aunque yo no conviniese con él en la aprobación del voto particular del Sr. Armero sobre dotación del culto y clero, porque en esto de opiniones cada cual tiene la suyas, y yo como opiniones las respeto todas, cuando vi que dejando á un rincón las armas del raciocinio, tomó el cajón

de los odiosos recuerdos, y arrojando de arco y de saetas y mojando sus puntas en el tósigo de los partidos, empezó á dispararlas tan sin piedad hácia los bancos de la izquierda que aquello era compasión. «Ahora que D. Carlos ya no nos da cuidado, decía, ya podemos manifestar sin rebozo nuestras opiniones. Y así dijo que los reaccionarios de España han sido los hombres de la oposición, y los hombres del progreso han sido los que se sientan en estos bancos. Si señor, las tendencias al absolutismo ó al despotismo han nacido de las doctrinas de los hombres de aquellos bancos, y las tendencias de los hombres libres son las que nacen de los que se sientan aquí. El restablecimiento de la Constitución del año 12 fue una reacción, ó si no fue reacción, fue un juego de cubiletes, y las leyes de las cortes de 37 fueron también reacción, y son reacciones que provocan otras reacciones más violentas. El despotismo en España ha desaparecido, y ha huido por sí mismo, pero si se le llama, vendrá: si hay alguno que le llame, no seremos nosotros los de aquí, sino esos otros que se sientan ahí. Y yo deseo que llegue el día en que los hombres leales han de ser hollados por los traidores; yo lo deseo, porque en ese día, ó morirémos con gloria, ó vivirémos despues sin ignominia.»

Tirabeque que también lo oía me dijo: «señor, el pensamiento del hermano ese pareceme que ya le he penetrado yo, pero está dicho con poca

fuerza.— ¡Con poca fuerza! ¿Pues cómo le había de espresar que mas fuerza y energía tubiese?— Señor, eso se debía decir cantando.

Si quereis sangre  
sangre tendrémos,  
la verteremos  
y sangre habrá:

    Pero mezclada  
con sangre nuestra,  
vereis la vuestra  
cuál correrá.

En esto el presidente llamó al orador sangriento á la cuestion, pero una parte de la mayoria le aplaudió diciendo: «bien, bien.»— Señor, dijo Tirabeque, ese «bien bien» tambien es flojo.— Hombre, á ti todo te parece flojo hoy: ¿pues qué mas han de decir?— Eso tambien debía ser cantado, señor. Verá vd.

    ¡ Ah Bravo Murillo !

    ¡ Bravo bravísimo !

    A ti fortuna ,

    á ti fortuna ,

    á ti fortuna ,

    no faltará.

Hombre, eso es del Barbero de Sevilla en español.— Si señor, del Barbero de Sevilla, por donde dice el Sr. Bravo Murillo que ha sido di-

putado en otra ocasion; y mejor me parece á mi que suena *Bravo Murillo* que *bravo Fígaro*, porque este se conoce que tiene ya de por sí una bravura natural que no tenía el otro.»

Alentado el orador con los aplausos de sus colaterales, prosiguió poniendo á las córtés de 37 de oro y azul, y comparó su ley sobre bienes de comunidades religiosas (sin distincion alguna ni de bienes ni de comunidades) á los salteadores de caminos que arrebatan la bolsa al caminante. Oido lo cual por Tirabeque, me dijo: «señor, este hombre hará muy mal en montar á caballo, ni aun para dar un paseo, porque se espone á llevar una caída que tenga que sentir, á no ser que se pase antes por la tienda de algun guarnicionero. —¿Por qué dices eso, hombre?—Señor, porque sin estribos hay pocos que monten bien, y yo tengo para mí que este hermano debe haber perdido los suyos.»

Reíme de la original ocurrencia de mi buen Pelegrín, y el diputado continuó huscando quimera, poniendo á sus adversarios políticos y á las córtés constituyentes que no habia por donde tomarlos, y calificándolo todo de reaccion, sin mirar el pobre muchacho que escupía al cielo y le caia en la cara; pues si resultado de una reaccion fueran las constituyentes y la Constitucion que hicieron y hoy nos rige, Bravo Murillo que es hoy diputado por esta Constitucion resulta por consecuencia necesaria diputado por reaccion; y si las reacciones no cons-

tituyen derechos, él no tiene derecho á ser diputado. En fin el discurso del *moderado* Bravo Murillo fué el más acre, apasionado é irritante que mi Paternidad haya oído; y en punto á guardar decoro á la representación nacional, puedo decir que canonizó mis *Ruedas de molino*, las hizo santas; con que encomendaos á ellas perpetuamente, y os servirá de mérito para ganar el cielo.

---

## LOS REYES EN LOS PUEBLOS.

---

Los reyes son como los cometas; aparecen en los pueblos de tarde en tarde y sin periodo fijo. Los reyes y los cometas no son periodistas. La aparición de un rey español en un pueblo de España es un fenómeno que forma época en las páginas históricas de aquel pueblo, si es que las historias de ciertos pueblos tienen páginas. La memoria del suceso pasa tradicionalmente de generación en generación, como pasó entre los hombres la historia de la erección y de los primeros siglos del mundo antes de la invención de la escritura. Los más de los pueblos de España jamás han visto un rey como no sea en las barajas y alguna vez en las monedas. Es decir, no los conocen sino en metal ó en cartulina; á los príncipes los cuentan mur

cho, á los segundos los doblan, los ajan, los manchan y los manosean. Con los de plata viven, con los de carton juegan, á los de carne y hueso no los conocen.

Y por consecuencia de esta falta de comunicacion ni los reyes saben lo que son pueblos, ni los pueblos saben lo que son reyes. Bien que nada tiene esto de particular cuando estamos viendo cada dia y cada hora diputados y ministros que salieron de los pueblos, y en hebiendo un par de meses las aguas de la Cibelas, ó los desconocen enteramente, ú obran como si no los conocieran. *Frajilidades de la vida humana.*

Figurándome estoy, yo Fr. Gerundio el que me figuro muchas cosas, las reciprocas impresiones de novedad que á su vez sentirán nuestras Augustas Reinas y nuestros pobrecitos pueblos en el viaje que aquellas están actualmente verificando. Por de contado á la noticia de la aproximacion de las Augustas viajeras el pais entero entra en movimiento y fermentacion. La curiosidad se agita á la par que los intereses, y los intereses á la par que los preparativos de obsequio y los festejos. Irénos por partes.

Punto de curiosidad. Si le fuera revelado á una tia de Torija ó de Ateca que de morirse dos dias antes de pasar la Reyna por su pueblo habia de alcanzar la gloria, meteria como ellas dicen un memorial á Dios suplicándole que se dignara prorrogarle la bienaventuranza hasta ver la Reina. Jamás

los chiquillos de la carretera de Zaragoza fueron tan dociles como lo serán estos días: anda vete á la escuela, Lorenzo, que ya es hora.—Yo no voy á la escuela.—Mira que voy á decir á señor maestro que te dé unos azotes.—Pos yo no quiero ir hoy a la escuela.—Mira que se lo digo á tu padre cuando venga del molino y te va á encerrar en el cuarto oscuro.—Pos que me encierre, yo no quiero ir á la escuela (porque la docilidad de los parvulitos es un testimonio de los progresos de nuestra educacion popular).—Pues sino vás, no te llevo á ver la Reina.—A esto toma Lorencito humildemente su Caton Cristiano y se va á la escuela como un cordero. Entretanto la madre del dócil Lorenzo en union con otras conciudadanas conferencian largamente sobre cómo será la Reina, concluyendo con decir la mas despejada de todas: «tanto como estamos aqui platicando, y será una muger como las demás.» A este tiempo llega uno de los regidores, único municipal que gasta pantalón y viste de negro, el cual hizo un viaje á Madrid comisionado por el ayuntamiento á solicitar rebaja en la contribucion por subsidio industrial, y aprovecha la ocasion para lucirse dando señas individuales del personal de S. M. y añadiendo en tono sentencioso y grave: «una vez pasé yo al par de ella en el Prado de Madrid á tanta distancia como estoy ahora de la tia Aleja.» Y las conciudadanas le escuchan como á un oráculo, y se avivan mas y mas los deseos de ver á SS. MM.



Punto de intereses. Desde que se esparce la noticia por el país, se emprende por toda la comarca la persecucion mas activa contra todo viviente manducable de pluma y de pelo. Jamas los facciosos de la provincia de Guadalajara sufrieron ataques tan decididos y continuados como sufren los conejos, liebres, perdices y palomas desde que se anunció el viaje de SS. MM. en aquella direccion. Cada paisano es un modelo de actividad para Balboa, cada labrador da una leccion de energia á los gefes de las columnas volantes. Y mientras los *conciudadanos* de Beteta y Cañete, en expresion del Barón del Solar, se refocilan á su sabor por el país conquistado de Cuenca, los paisanos de Guadalajara se emplean en cazar el conejito y la codorniz para que no falte que comer al general Concha que salió á proteger la marcha de la familia Real. La especulacion en el ramo de viveres y provisiones preocupa á todos los habitantes del país, que si no ganan un ciento por cincuenta como los contratistas del gobierno, al menos se prometen dar una decente salida á sus artículos industriales. El ramo de jeneros de consumo doméstico ó interior permanece hasta la llegada de la rejia comitiva mas intacto, mas integro que han dejado nuestros diputados la Constitucion. Ni se mata un pollo, ni se ahoga un pichon, ni se sacrifica un cordero, ni se degüella un cabrito, ni se cascá un hueso hasta que SS. MM. lleguen. Su llegada es la señal de muerte y esterminio para to-

dos los primojuénitos de los animales como en tiempo de Faraon. ¡Y ay de las autoridades, si no hubiesen dado las disposiciones convenientes á fin de que no falten los víveres necesarios! Que va allí el conde de Clouard que se le dará una higa por mandarlos á las Antillas ó á las *Pituisas*, y por ir declarando en estado de sitio todos los confines en veinte leguas en contorno de la carretera.

Punto de festejos. En este punto ademas de la natural y espontánea disposicion de los pueblos hija de su amor á las Reinas, supongo yo que habrán sido comunicadas por el ministerio de la Gobernacion las mismas órdenes y prevenciones que se habian trasmitido al gefe político de Valencia, cuando el viaje de SS. MM. estaba determinado en aquella direccion. «SS. MM. (le decia el ministro) esperan recibirlos (los festejos públicos) por demostraciones de amor de parte de sus súbditos con muestras de la acendrada lealtad que siempre fué proverbial en los españoles hácia sus reyes. Y es la voluntad de S. M. la Reina Gobernadora que por este motivo no se grave de manera alguna á los pueblos demasiadamente allijidos por los sacrificios que han hecho en favor del trono legítimo.»

La voluntad de S. M. no puede ser mas racional, mas justa, mas digna de una Reina. Pero aqui de los apuros de los alcaldes: aqui de su pergeño y su invencion; aqui de su talento finan-

ciere; aquí de su poesía para arbitrar; aquí de la magia secreta de Mendizabal para cubrir las atenciones sin gravar los pueblos. El hombre pues del artículo 70 de la Constitución, el hombre de los cuatro meses de discusión parlamentaria, el hombre de las adiciones y de las enmiendas; el que hace retirar con desesperado egoísmo á los diputados de la minoría, el manzano de la discordia entre la monarquía pura y la democracia mixta, el alcalde en fin, ni duerme ni descansa ni sosiega para ver de hallar el medio de hacer festejos sin gastos, de no gravar al pueblo con los gastos de los festejos. Levanta la cabeza, arroja una ojeada municipal al campanario, y consuélele la idea de que el festejo mas estrepitoso le podrá obtener gratis á beneficio de los Istúrizes del lugar, esto es, de los aficionados á repicar las campanas. Acude en seguida al hombre del artículo 11: al hombre de los cinco dictámenes de la comisión, al hombre de los seis proyectos de ley, al hombre de la decimación entera de Tejada, al del medio diezmo de Armero, al del 4 por ciento del duque de Gor, al del repartimiento vecinal de la mayoría y del gobierno, al hombre robado de Bravo Murillo, al hombre de los largos discursos de Cortina y de Pacheco, al hombre de las juntas diocesanas, al hombre que sufre una hambre rápida en su casa mientras le discuten detenidamente en las cortes, al cura en fin; y le pide los pendones, pendonetas, cortinas y paños del púlpito para hacer con

ellos dosel y pabellones en la casa que ha de albergar á S. M. Tambien esto lo logra gratis el brazo secular del eclesiástico, y aun el cura medita visitar á S. M. vestido de alba y de casulla por no ofrecer ante las Reales personas el ingrato espectáculo de la única raída y remendada levita que le han dejado entre Mendizabal y la Junta Diocesana, entre los exaltados que le suprimieron el diezmo y los moderados que tan medrado le tienen.

Pasa en seguida el alcalde, constitucional ahora, real despues, y maravedí mas adelante, á dar disposiciones de danza: la seccion juvenil se presta á danzar gratuitamente, sublime leccion de desprendimiento para los ministros y demas jente interesada que lo han de presenciar; las cintas, pañuelos y escapularios que han de constituir su adorno tambien se consiguen sin gravamen del pueblo, pero el gaitero, que aunque sea como el de Bujalance que le dan un cuarto porque empiece y diez porque acabe, no está de parecer de soplar gratis, sino de especular con sus soplos como agente de policia, empieza ya á poner en cuidado al alcalde, que no sabiendo como concordar los gastos del gaitero con las órdenes del ministro de la Gobernacion, esclama afligido: «¡pues esta si que es gaita!» Pero son tantas las gaitas que despues le van saliendo para poder arreglar los festejos mas indispensables, que el haber de hacerlo sin gravar al pueblo como le previene el ministro le

parece la gaita mas gallega que se le puede tocar.

Puesto que ya tenemos hechos los preparativos de recibimiento, sigamos, hermanos míos, si á vds. les parece, sigamos á SS. MM. en su marcha: y felicitémonos desde luego de que la Reina D<sup>a</sup> Isabel y su tierna hermanita no se hubiesen asustado al entrar en Alcalá de Henares como fué muy de temer con aquellos diablos de aquellas campanas, que mas que á fiesta y á regocijo parecian tocar á fuego. Sin embargo esto no debió de ser razon para que los sacristanes compatriotas de Cervantes dejarán de tocar á la mañana siguiente cuando SS. MM. salieron. Cosas de España: nunca hemos de aprender á hacer reformas; en vez de reformar se suprime: lo mismo son los sacristanes que los ministros; lo mismo sucede con las campanas que con las leyes. Ó tocar mal, ó dejar de tocar enteramente; no sabemos corregir sino suprimiendo.

Ahi tienen vds. al gefe político de Guadalajara el hermano Escosura, esperando la regia comitiva á guisa de hermitaño bajo un arco rústico verde á la puerta del parador donde empiezan los límites de la provincia. Los arcos verdes deben ser ornato favorito de aquella autoridad, y deben haberse fabricado por circular suya, pues sinó no era fácil que se encontrasen en todos los pueblós, paradores y ventas de su territorio. Sin embargo tambien habia otro á la puerta del cuartel de dicha ciudad con los retratos de SS. MM., no dispuesto por el

gefe político, sino por un capitán patriota, y con un cuarteto que decía:

Al contemplar, ó Reins, tu presencia,  
ríndete (3) su homenaje el batallón;  
te ruega por la fé de su conciencia  
no separes de Paz. *Constitucion.*

Acompañémoslas hasta la ciudad, y contemplemos á las tres personas de la real familia divertidas por espacio de algunos minutos en ver desde un balcón del palacio del Infantado la danza de unas 40 ó 50 niñas vestidas de blanco, que no debian ser Uranias (tampoco me atrevo á decir qué fueran urañas) sino Epigias, esto es, no celestes sino terrestres; y que siguiendo la nomenclatura de los países, las llamaremos niñas Henariadas, del rio Henares, como se llamaban Tiberiades las del rio Tiber, y Pactólidas las del Pactólo. Así el tropel de las gentes no les hubiera impedido lucir sus habilidades,

Escusado es decir que en todas partes se recibe á SS. MM. con el entusiasmo que se merecen, y que la amabilidad de la augusta Gobernadora no puede

(3) Esto de *ríndete* parece que es intimar la rendición á la Reina. Yo Fr. Gerundio, con permiso del capitán, hubiera puesto:

«Te rinde su homenaje el batallón.»

El verso salía lo mismo, y no se asustaba á S. M.

menos de inspirar. Lo que pasará dentro de cada coche yo no lo sé, aunque algo pienso ir sabiendo; pero supongo que al encontrar en los caminos y á las entradas de los pueblos aquellas colecciones de caras tostadas que las excelsas niñas no están acostumbradas á ver, S. M. la Rejente con el claro talento que la distingue no dejará de decir acaso mas de una vez á su inocente y augusta hija: «mira, hija mia; ¿ves esas caras curtidas del sol y de los aires, en que parece estar retratados con tóseo pincel los trabajos de la vida del campo? Pues con el sudor que estos atezados rostros derraman sobre los ásperos terrones es con lo que se sostiene principalmente el regio trono que tu estás llamada á regir. Con los afanes de esta humilde jente que tan de corazon te victorea y proclama es con lo que se sustenta el brillo de la corona. Bajo esos burdos harapos se ocultan corazones mas leales que los de los cortesanos que con tanto hasto acuden á besarte la mano en Madrid. No lo olvides, hija mia, y trátalos con la consideracion que se merecen sus fatigas, su honradez y su lealtad.»

En Tarija fué notable el entusiasmo que se demostró. Pero lo pintoresco y animado fue la brillantez y marcialidad con que se apareció en Almadrones la lucida y valiente division de la guardia real provincial con el regimiento número 9, y 600 caballos con dos piezas de montaña. Allí de los vivas y aclamaciones á SS. MM.; pero nadie

parecia haberse acordado de otra cierta cosa hasta que un soldado gritó: «Viva la constitucion de 37!» Tirabeque dice que precisamente aquel soldado era su primo Venancio; en atencion á ser aquellos guerreros de los vencedores de Morella. Esto no pasa de una suposicion de Tirabeque; si efectivamente fué él, no dejará de escribir.

Lo peor es que los pobres soldados despues de haber vencido al enemigo en las batallas se van quedando muertos de sofocacion en el camino con el calor. Cleonard y Perez de Castro ecco que no se han sofocado. Los ministros son muy frescos.

---

AQUELLO.

---

«Pues, aquello de la suscripcion por los desgra- ciados de Roa y Nava de Roa, que no se olvide. La librería de *Sanz* es punto muy céntrico; y cualquiera puede ir sin incomodarse.

---

Editor responsable Francisco de S. Fuentes

---

IMPRENTA DE MELLADO